



CAPÍTULO UNO
LO QUE PASÓ
KAI

—Según las indicaciones eso tendría que estar aquí— señalé un punto cualquiera de la manta, Hiro rio y se removió a mi lado.

—No “Onii-chan”, ahí no puede estar porque hace mucho, mucho frío— sonreí con su ocurrencia, era muy pequeño pero capaz de razonar de una forma increíble.

—¿Dónde está entonces Hiro?

—Aquí— su pequeño dedo se movió hacia el otro lado de la manta que nos tapaba formando una cueva y quedó quieto señalando un punto.

—No Hiro, ahí no puede estar porque hay muchos canguros y no les gustan los canguros— inventé.

—A mí sí me gustan los canguros, ¿Por qué no les gustan los canguros?

—¿Aún estáis despiertos?— Me asomé por encima de la manta para mirar a mamá y noté como Hiro se escondía más aún.

—Estamos jugando a según las indicaciones— respondí y volvía. Entrar acomodando la manta para no destruir la cueva.

—¿Y quién va ganando?— ¿Ganando? Nunca nadie había ganado, de hecho, no sé por qué me gustaba tanto ese juego. Solo buscábamos excusas del por qué “eso” no podía estar ahí, pero nunca dijimos qué era “eso”, simplemente se convirtió en una tradición de antes de dormir que compartíamos Hiro y yo. Una chorrada sin sentido que amaba.

—Voy ganando yo— la voz de Hiro se escuchó debajo de la sábana, mi madre se acercó a levantarla y en cuanto lo hizo Hiro se hizo el dormido, cómo podía ser tan gracioso e inocente, cerraba los ojos con fuerza, pero su boca se movía haciendo un esfuerzo sobrehumano por no sonreír.

—*Hiro-chan* deberías dejar dormir a tu hermano, sabes que tienes tu propio cuarto ¿Acaso no te gusta?— Mi hermano se abrazó a mí con fuerza.

—*Onii-chan* ¿No puedo quedarme aquí contigo?— Quién podía decirle que no a esa cara de cachorrito abandonado, este niño sabía perfectamente cómo convencerme.

—A mí no me importa que se quede mamá— mi madre subió los brazos derrotada y suspiró.

—Está bien, pero algún día tendrá que empezar a acostumbrarse a dormir solo— asentí. Hiro sonrió y se acomodó a un lado de la cama, me metí en mi lado, nos arropé y cerré los ojos para dormir.

...

Era la primera vez que venía a una casa tan grande, no es que mi casa fuera pequeña, para nada, pero esta casa era terriblemente grande. Me quedé boquiabierto aún en la puerta, Hiro tiró de la manga de mi chaqueta y bajé la cabeza para mirarlo.

—*Onii-chan*, ¿Quién vive aquí?— Estaba tan sorprendido como yo.

—Los jefes de papá y mamá— nunca he llegado a saber para quién trabajaban mis padres, de hecho, ésta era la primera vez que sabíamos algo de ellos. No llegaba a entender por qué nos habían traído a Hiro y a mí. Ellos siempre estaban en esta casa, o bueno, la verdad es que no lo sé seguro, pero por su trabajo, siempre estaban con sus jefes y casi nunca en nuestra casa, igual hoy por fin podía adivinar quiénes eran y por qué mis padres pasaban tanto tiempo afuera y viajando.

—Niños, vamos, entrar— mi madre estaba en la puerta, mi padre ni se había parado a esperarnos. Hiro y yo corrimos hasta la entrada y pasamos detrás de mi madre, Hiro no se separaba de mi lado, mirando curioso hacia todas partes.

La casa tenía un estilo muy parecido al de un castillo, alfombras rojas, paredes marrones, una armadura descansaba debajo de la escalera vigilando la puerta. Sentí un escalofrío, ¿Era una decoración o realmente había una persona ahí dentro observándonos? Seguimos a mi madre hasta una habitación, estaba decorada con dos enormes sofás que formaban un medio cuadrado, una mesa de cristal descansaba al lado de ellos, una chimenea y una enorme televisión, Hiro se soltó de mi agarre y corrió hasta ella.

—*Onii-chan*, mira mira, es enorme, ¿Has visto?— Asentí.

—Quedaros aquí ¿Vale? No os mováis, podéis ver la televisión— asentí de nuevo y me fui al lado de mi hermano. Más misterios en mi familia, ahora ni siquiera sabría el porqué del nerviosismo de mis padres, por qué nos habían traído aquí, en qué trabajaban, dónde estaba su jefe y podía seguir con un sinfín de incógnitas. nada. Volvía a no saber nada y lo peor es que seguramente nos dejarían aquí hasta nuevo aviso.

—*Onii-chan*— miré a Hiro mientras me sentaba a su lado, él ni siquiera me miraba, estaba cambiando una y otra vez de canal, pero yo sabía perfectamente que quería decirme algo.

—Dime.

—¿Por qué estamos aquí?— Aún miraba a un punto en la tele casi sin parpadear.

—No lo sé.

—¿Por qué papá y mamá casi nunca están en casa?— Se me encogió el corazón con las preguntas, aunque él pensase que yo tenía respuesta para todo; casi nunca podía responder a sus preguntas realmente.

—No lo sé— movió la cabeza de arriba abajo aún sin dejar de mirar el televisor. —¿Estás triste Hiro, te gustaría ver más a papá y mamá?— Añadí sentándome a su lado. Tan solo asintió, luego negó. Dejó el mando a un lado del sofá y me miró.

—Si me gustaría verlos, pero no estoy triste, yo soy muy feliz porque tú estás aquí y no te vas a ir nunca ¿Verdad?— Asentí. Qué hubiese sido de mi vida sin este muchacho.

—¿Me lo prometes?— Levantó su dedo meñique para cerrar la promesa.

—Te lo prometo Hiro, no me iré a ninguna parte— entrelacé su dedito con el mío y movimos las manos de arriba abajo, no rompería mi promesa. Mis padres siempre decían que yo heredaría su puesto, nunca me han contado de qué se trataba dicho puesto, pero siempre me metían en clases de todo tipo que supuestamente me servirían para ello. Entrenamientos, lucha de diferentes artes marciales, escuela de tiro... Y cada vez que preguntaba el por qué o en qué trabajaban, me decían que aún era demasiado pequeño para entenderlo. Ya no era tan pequeño, iba a cumplir once años, deberían empezar a decirme las cosas. Salí de mis pensamientos y

miré hacia la tele, un conejo intentaba desesperadamente agarrar una zanahoria que tenía un gato y Hiro no paraba de reírse por ello.

Seguí mirando la tele hasta que el enano se quedó dormido, después, le quité el mando para poder ver algo más interesante y acabé centrado en una película de acción sobre un detective que se infiltraba en un avión. Menos mal que estaba solo, sino no me dejarían ver algo así. siempre con lo mismo, era pequeño cuando les interesa y muy mayor para hacer ciertas cosas según ellos, algún día descubriría de qué se trataba todo esto. Me acomodé en el sofá y me dejé llevar por las garras de Morfeo...

—Kai, despierta hijo— abrí los ojos y me encontré con mi padre mirándome erguido por encima del sofá.

—¿Nos vamos ya? — pregunté frotándome los ojos y sentándome con cuidado de no despertar a Hiro.

—Sí hijo, nos vamos— Mi padre cogió en brazos a mi hermano y esperó a que me levantara del sofá. —Dentro de poco vendremos a vivir aquí una temporada— eso me extrañó bastante.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a nuestra casa?

—Porque sí hijo, no tiene porqué pasarle nada a la casa. Solo te estoy avisando, además, empezarás un nuevo entrenamiento aquí y te iniciarás junto con nosotros, te contaremos más acerca de tu futuro.

—¿Y Hiro?

—Hiro no puede ir contigo a entrenar, pero estará en la casa también una vez que nos movamos, así que no te preocupes.

—¿Y cuándo nos movemos?

—Sabes que no me gusta cuando haces tantas preguntas— bajé la cabeza, otra cosa que no conseguiría saber. Siempre respuestas a medias.

—Si papá—Obedecí y le seguí en silencio hasta el coche, mi madre estaba ya en el asiento del copiloto esperándonos, entré detrás y acomodé la cabeza contra el cristal en cuanto la puerta se cerró.

El camino a casa fue silencioso, al llegar, tan solo caminé hasta mi cuarto y me encerré en él, me acomodé a un lado de la cama, como siempre, no sería la primera vez que Hiro se despertaba en mitad de la noche y se trasladaba a mi habitación para dormir conmigo así que ya me acostumbré a dejarle un sitio antes de que tuviese que despertarme. Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño.

...

Un estruendo resonó en mi cabeza, abrí los ojos de golpe asustado, miré hacia la ventana, estaba lloviendo con bastante fuerza. Suspiré ya relajándome, tan solo había sido un trueno, me encantaba cuando llovía, me podía tirar horas mirando las gotas caer por la ventana, saber que fuera hacía frío y yo estaba en casa calentito me agradaba bastante. Me levanté y me acerqué a sentarme en el pequeño sillón que tenía al lado de la ventana para ver mejor los truenos, era extraño que Hiro no estuviera ya aquí, con el miedo que le daban las tormentas. Siempre llegaba llorando a mi cuarto diciendo que por qué el cielo está enfadado. En eso era todo lo contrario a mí, cuando yo era pequeño y había relámpagos o truenos me ilusionaba, él en cambio, siente miedo. Al menos si no está aquí significa que el estruendo no le despertó, sonreí para mis adentros y seguí mirando al exterior.

Otro trueno aún más fuerte iluminó todo mi cuarto, abrí los sorprendido, increíble lo de la naturaleza, magnífico paisaje, ojalá y pudiese capturarlo, hacer una foto justo en el momento indicado en el que trueno aparecía.

—Kai...— Una vocecita me sacó de mis pensamientos. Me di la vuelta para mirarle y sonreí, ya estaba tardando, parecía que acababa de despertarse, se frotó los ojos con la manga de su pijama mientras con la otra sujetaba ese pequeño oso que le regalé hace años. Me levanté hacia él.

Otro trueno sonó y saltó como un gato asustado para luego correr hacia un rincón de la habitación y hacerse una bolita.

—Kai...— Podía notar el temor en su voz. Me agaché a su lado y le revolví el pelo.

—Ya está Hiro, estoy aquí— miró hacia arriba intentando comprobar que lo que le decía era cierto.

—¿Por qué el cielo se cae *Onii-chan*?— Sonreí.

—El cielo no se cae Hiro, solo son truenos— se enganchó a mí y me levanté arrastrándolo hacia la cama, nos metimos los dos y le acaricié el pelo intentando calmarlo.

—No me gustan los “tuenos”.

—Truenos Hiro, no “tuenos”.

—Me da igual, no me gustan— Se pegó más a mí y noté como empezó a relajarse.

—Duérmete Hiro.

—Buenas noches *Onii-chan*.

—Buenas noches.

...

No me gustaba nada éste nuevo entrenamiento, tan solo llevaba cinco días con él. Todos los días después de las clases me obligaban a venir a esta casa y entrenaba con un profesor de artes marciales, pero estaba ya harto ¿Por qué tenía que trabajar tanto? Casi no me quedaba tiempo y Hiro andaba enfadado conmigo porque venía todos los días aquí mientras el pobre se quedaba sólo en la casa o lo metían a pasar la tarde en una habitación.

—Una vez más Kai, vamos a hacerlo de nuevo.

El profesor no me dejó ni reprochar, antes de que me diera cuenta estaba atacándome, esquivé el primer golpe de milagro y el segundo me hizo caer de bruces al suelo.

—No puedo más *sensei* por favor, déjeme descansar.

—El enemigo no descansa joven Aihara, debe aprender a resistir hasta el final— los ojos se me llenaron de lágrimas por la frustración. Me levanté de nuevo, para acabar en el suelo minutos más tarde. ¿Qué enemigo? A día de hoy no había conocido a ningún enemigo ni el porqué querría alguien hacernos daño.

—Tiene cinco minutos de descanso y volvemos— asentí en silencio y le dediqué una reverencia. Permanecí con las manos juntas y la cabeza gacha hasta que por el rabillo del ojo vi cómo el profesor salía por la puerta. En cuanto lo hizo, intenté escaquearme. Volví a erguirme y respiré hondo, no tenía mucho tiempo, volvería enseguida y si no estaba de nuevo aquí me la iba a cargar.

Salí por el otro lado de la sala y me encontré con un pasillo desconocido. La maldita casa era como una fortaleza y no parecía para nada de aspecto japonés, más bien era un castillo de las películas europeas. No sé cómo lo hacían los dueños y la gente que trabajaba aquí para recordar dónde tenían que ir y tampoco sabía para qué querían una casa tan grande.

Estaba claro que no era el palacio imperial, así que el jefe de mis padres no era el emperador.

Un pequeño niño pasó por mi lado corriendo y se escondió detrás de una de las estatuas que decoraban cada rincón de esta casa, ¿Era Hiro? ¿Qué hacía Hiro aquí? Igual estaba en la habitación de la tele y se había escapado. Me acerqué a su escondrijo y me asomé. No, no era Hiro, era un niño pequeño, seguramente tenía la edad de mi hermano o próxima, tenía el cabello oscuro y los claros, muy claros. Levantó su mirada hacia a mí y el estómago se me revolvió, me recordaba a alguien, pero no era capaz de saber a quién. Nunca había visto un japonés con esos ojos.

—¿Quién eres?— Me preguntó. No paraba de mirarme.

—Me llamo Kai, entreno aquí— tan solo asintió. —¿De quién te escondes?

—No quiero que se vayan.

—¿Quiénes?— Bajó la mirada con los ojos tristes.

—Se vuelven a ir y no quiero así que no quiero que me encuentren porque si lo hacen, se irán.

—¿Qué te encuentre quién?

—Ellos. Mis papás se vuelven a ir y no quiero. Así que si no me encuentran no se irán, no quiero que se vayan de nuevo, no quiero volver a olvidar la cara de mi mamá— otro vuelco en el estómago, ahora recordaba perfectamente porqué ese niño se me hacía familiar, por qué reconocía su mirada. Era como yo, tenía esa misma expresión de tristeza. Seguramente había estado siempre solo, nunca veía a sus padres y lo mareaban de un sitio para otro con niñeras, guardias y gente que a veces ni te dirigía la palabra y se limitaba a seguirte allá donde fueses. Yo era como él, y de no ser porque Hiro nació ahora mismo seguiría totalmente solo.

—*Luka-sama*, sabe que no puede irse así— una señora con el pelo rubio hasta la cintura, ojos claros y que vestía elegantemente un uniforme blanco se asomó por encima de la estatua. Había mucho extranjero viviendo en esta casa. El niño al que había llamado Luka se enganchó a mí.

—No, no quiero ir, no quiero que se vayan— Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No me lo ponga más difícil señorito— La mujer agarró el brazo del pequeño y lo sacó de ahí a regañadientes. Salí de detrás de la estatua y me quedé mirando cómo se lo llevaban, sentí una gran tristeza por él.

—¿Qué haces aquí Kai?— Me di la vuelta, mi padre iba junto con un hombre andando por el pasillo, se paró a mi lado.

—Estoy en el descanso.

—No deberías andar por ahí sin permiso Kai. Lo siento mucho *Ryu-sama*, me aseguraré de reprenderle después—. Miré al hombre con el que hablaba mi padre, era más alto que él, fuerte, con ojos grandes que me recordaron a los de ese niño de hace un momento, no por el color, obviamente, sino por la forma. No pude evitar quedarme mirando a su cara, una enorme cicatriz la atravesaba de arriba a abajo.

—No te preocupes, sólo es un niño, mi hijo suele escaparse cada dos por tres ¿Cómo te llamas pequeño?— El hombre sonrió con una sonrisa cálida.

—Soy Aihara, Kai— respondí con una reverencia.

—Encantado, yo soy Ryu y no dentro de mucho empezaremos a vernos más seguido.

—¿A vernos más?

—Sí, vendréis a vivir aquí con nosotros, esta es mi casa— Así que éste era el jefe de mi padre, parecía amable, pero seguía sin saber qué es lo que hacían aquí.

—Kai hijo, vuelve a la clase— asentí a desgana y me despedí; Mientras andaba vi como seguían su rumbo en la dirección contraria.

Después de la clase me ordenaron que me quedara esperando a que el señor Yuno llegase para que me llevara a casa, salí de la sala y paseé de lado a lado hasta que un llanto llamó mi atención, me acerqué a la puerta de donde procedía y pegué mi oreja, definitivamente alguien estaba llorando dentro.

Sé que no debería abrir, no sería de buena educación cotillear quién es, pero algo en mí me obligaba a querer saber qué estaba pasando así que poco a poco giré el manillar hasta que una sala de entrenamiento prácticamente igual que en la que estaba hace escasos minutos apareció ante mis ojos. En un lado de la sala, estaba Luka encogido sobre sí mismo, llorando. Se me rompió el corazón verlo así, me acerqué hasta él y me arrodillé a su lado.

—¿Qué te ocurre?— Levantó la cabeza y se me quedó mirando.

—Se han ido— volvió a bajarla.

—Sé cómo te sientes— negó —mis padres son iguales, nunca están.

—Pero tú no pareces triste.

—Eso es porque tengo un hermano y por eso ya no estoy solo.

—¿Y dónde consigo uno?— reí, era tan inocente, me daba pena que se sintiese tan solo.

—Algún día ya no estarás sólo te lo prometo, mi hermano y yo parece ser que vendremos a vivir aquí así que podemos estar contigo, podemos estar los tres juntos y así nadie estará solo— el niño sonrió, así es como debería verse siempre, feliz.

—¿Me lo prometes?— Luka levantó su meñique.

—Te lo prometo— lo entrelacé con el mío y le sonreí.

—Aquí estás Kai, ¿No te dijeron que te quedaras en la sala?

—Lo siento— me levanté y seguí a Yuno hasta afuera mientras veía cómo Luka, ya más feliz, se levantaba del suelo.

—Mañana os recogeré a Hiro y a ti.

—¿Y mis padres?

—Mañana por la mañana se van con el jefe afuera del país por asuntos de negocios, hoy *Ryu-sama* tenía reuniones en distintos sitios de la ciudad y recogerá a tus padres en la mañana así que llegarás a tiempo por lo menos de despedirte.

—¿Y dónde nos vamos a quedar?

—En esta casa, ya están avisadas las mucamas por lo que ya tendrán vuestra maleta hecha— asentí mientras me subía al coche, ni siquiera sé si me miró al hacerlo. Al menos podría cumplir la promesa que había hecho con Hiro de estar más con él y la que había hecho con Luka de que no estaría solo.

El trayecto a casa fue largo, Yuno no me volvió a dirigir ni una mirada ni palabra en todo el viaje. Cuando llegamos bajó conmigo y me acompañó hasta el interior de la casa.

—No te muevas— me ordenó de repente, estampándome contra la pared. Me quejé, ¿Por qué había hecho eso de repente? Pude ver cómo sacaba un arma de detrás de su pantalón, ¿Desde cuándo tenía un arma?

—Escóndete en ese armario— me señaló con el dedo hacia la parte de debajo de la escalera y oigas lo que oigas ni se te ocurra salir.

Asustado hice lo que me dijo mientras veía como se alejaba de mí y sacaba su teléfono móvil.

—Jefe, algo ha pasado en casa de los Aihara, estoy revisando, debería venir— fue lo último que pude oír antes de cerrar la puerta del armario, ¿Algo había pasado? ¿Qué había pasado? ¿Por qué había dicho eso? Hiro... Hiro estaba en la casa, ¿Estaría bien? Sí... Tenía que estar bien. Mi padre y mi madre estaban aquí, no dejarían que nada le ocurriese.

<<PUM>> Mi cabeza resonó por un instante, mis ojos se cerraron con fuerza y mi miedo incrementó ¿Eso había sido un disparo? Me pegué más contra la pared asustado, ¿Por qué? ¿Quién vendría a mi casa para hacer algo? Y ¿Por qué el empleado de mi padre tenía un arma? Tenía que salir de ese armario, tenía que comprobar que estaban bien, pero, mi cuerpo no era capaz de moverse, no conseguía reaccionar y juraría que ni siquiera estaba parpadeando.

Oí voces, había más gente en la casa, escaleras hacia arriba, gritos, llamados y más disparos. Por cada uno que escuchaba mi cuerpo se encogía de miedo, imágenes terroríficas de lo que podía estar pasando aparecían sin ser llamadas a mi cabeza, los ojos se me llenaron de lágrimas, no conseguía reaccionar.

El ruido incrementó y de repente...

Silencio.

Había demasiado silencio...

Todo había quedado en silencio, un silencio demasiado grande para lo que era habitualmente mi casa ¿Se habrían ido esos hombres? Mis piernas se decidieron por fin a moverse y me levanté del suelo para abrir la puerta, no parecía haber nadie, subí lentamente la escalera y me quedé parado, con los ojos abiertos, mi mandíbula se desencajó intentando formular un grito que nunca

pasó por mi garganta. Delante de mí, estaban tres de las sirvientas de mi casa, muertas, sus ojos abiertos y sin vida parecían que me miraban.

Mi respiración se aceleró y mi cerebro hizo un “click”, corrí hasta la habitación de Hiro y sentí que me iba a desmayar.

—Papá... Ma...má... Hiro— Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón se paró, en el suelo de la habitación estaban los cuerpos sin vida de mis padres y en la cama de mi hermano... un bulto tapado por mantas manchadas de sangre.

—Hiro... Papá... Ma...má— Me acerqué temblando sin creer que fuera cierto, no, no podía ser cierto, estaba soñando, por supuesto que estaba soñando, era un sueño y tenía que despertar, debía despertar, mis pasos lentos hacía el lugar fueron interrumpidos por unos fuertes brazos que me giraron y me cogieron con fuerza.

—No mires—. Reconocí la voz, era el jefe de mi padre, ese hombre... Ryu. —No mires— Volvió a repetir a modo de orden mientras me apretaba contra él y me llevaba fuera de la habitación. Mi cabeza empezó a dar vueltas sin entender qué pasaba, todo se puso borroso y me dejé llevar por la inconsciencia...

...

Abrí los ojos y un mareo me invadió, ¿Dónde estaba? Miré hacia los lados sin reconocer la habitación. Noté cómo algo se movía en la cama, Hiro ya se había vuelto a dormir conmigo, levanté la colcha y me encontré con Luka, de repente, todos los sucesos llegaron a mi cabeza. Grité. Grité con miedo, rabia, terror, grité hundido, sin fuerzas. Grité para sacarme el dolor, para despertar del sueño, cuando mi garganta y mis pulmones ya no pudieron más, me dejé caer, me abracé sobre mí mismo y lloré fuerte.

—Todo va a ir bien— Oí la voz del pequeño, nada iría bien. Seguí llorando hasta que sentí sus bracitos a mí alrededor. —No estás solo, hicimos una promesa.

Una promesa... Prometí a Hiro que estaría siempre con él, no fui capaz de cumplir la promesa, no sería capaz de cumplirla nunca, seguí llorando sin hacer caso al pequeño que intentaba calmarme, no sé cuánto tiempo pasó, horas quizás hasta que mi cabeza quiso trasladarme de nuevo al mundo de los sueños para evitar el dolor y el sufrimiento de pensar...

Llevaba días, o tal vez semanas ahí, no sabía cuánto tiempo, por fin había salido de esa habitación, todo el mundo me había acogido, ayudado, alimentado y consolado, pero mi alma se había roto en mil pedazos. Luka, seguía viniendo a verme a menudo, tenerle al lado me ayudaba y a la vez me hacía daño, me recordaba demasiado a mi hermano como para no sentir ese dolor en el pecho, pero a la vez, era capaz de sentir nostalgia y amor...

Conforme los días habían pasado, había tenido la cabeza más fría, había decidido una cosa, pasase lo que pasase, algún día me vengaría, en cuanto fuese capaz entrenaría duro para vengarme o moriría en el intento, al fin y al cabo, ya no me quedaba nada.

Un trueno me sacó de mis pensamientos, me acerqué a la ventana intentando relajarme con el sonido de la lluvia, intentando meterme dentro de ella, poder sentir la rabia con la que ruge el cielo y rugir con ella.

—Kai...— el corazón me dio un vuelco y me giré corriendo para mirar hacia la procedencia de la voz que había pronunciado mi nombre. Luka estaba ahí... mirándome... con sus ojos llenos de miedo y un... oso en una de sus manos. No fui capaz de acercarme, solo podía mirarle a lo lejos. El niño se acercó hasta mí y agarró la manga de mi pijama.

—¿Por qué el cielo se cae?— Las lágrimas empezaron a caer por mi rostro incontrolables, dolía mucho, pero quería parar el tiempo en ese preciso instante.

—El...cielo no se cae...son... truenos.

—No me gustan los truenos— Bajé de la cama y me dejé caer de rodillas al lado suyo. Lo abracé, con miedo, con amor y con un sentimiento que ni yo mismo entendía.

—A mi... Ya no— No podía dejar de llorar. Él no era Hiro pero yo... yo necesitaba “un Hiro”.

—No llores Kai... Los truenos pasarán y todo irá bien ya verás—. Sonreí sin pensarlo.

—¿Todo va ir bien?— Ni siquiera sabía si seguía hablando de la tormenta.

—Sí, porque estoy contigo, prometimos que no estaríamos solos— me separé de él y le miré.

—Todo...va a ir...bien— repetí.

—¿Me protegerás de los truenos Kai?— Mis manos temblaban y mi corazón latía rápidamente, sentí esa sensación tan conocida, esa sensación de querer proteger a alguien, de la vida, de las caídas, de la tristeza, de todo. Esa sensación de querer encerrar a alguien en una torre para que nunca tenga que sentir la amargura de las lágrimas.

—Prometo que te protegeré, pase lo que pase... Siempre.